





Acto I. — GRAN SALA DE HONOR DEL CASTILLO DE FOIX. Acto III. — COLLADO DE PANISSARS. Acto II. — CLAUSTRO DE LA ABADÍA DE BOLBONA.

PINTADAS  
 POR  
 MAURICIO  
 VILLAMAR

BOQUETOS  
 DE  
 LAS  
 DECORACIONES  
 DE  
 LOS  
 PINTEOS

## EL SAQUEO DE ROMA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Uno de los actos de mayor importancia del reinado del emperador Carlos V es, sin duda alguna, el asalto y saqueo de Roma (1527). En estas mismas columnas y con motivo de la célebre batalla de Pavía, nos hemos ocupado de la constante rivalidad del Rey de Francia, Francisco I, y del de España, Carlos de Gante.

El Condestable de Borbón al abandonar á su señor natural, el Rey de Francia, entró al servicio del Emperador, y deseoso de dar una lección al Papa Clemente VII, enemigo de su nuevo señor, dispuso el ataque y saqueo de la Ciudad Santa, ofreciéndola á sus soldados, *faltos de pagas*, como una rica presa, ya que entonces el saqueo era la gran cosecha de la espada.

Oigamos al eminente Castelar:

« En vano se pactó una tregua. Aquellos veinticinco mil hombres, italianos aventureros, españoles por profesión soldados, alemanes protestantes, se dirigieron á Roma como el hambre voraz de las legiones de Atila.

» El Condestable pide paso para Nápoles. El Papa lo niega. A esta negativa sucede al asalto. El Condestable arrima con sus propias manos la escala terri-

ble al muro de la Ciudad Santa. Un arcabucero lo mata. El, en la agonía, se cubre el cuerpo con una capa para que no lo conozcan sus soldados y no desmayen un punto en la empresa.

» Los españoles entran por los muros que avecinan á San Pedro, los alemanes por la puerta del Santo Espíritu, los italianos por la puerta de San Pancracio, como tres torrentes que van á confundirse en el mismo lecho. El Papa apenas tiene tiempo para ir del Vaticano á Santo Angelo, entre una lluvia de balas, y Pablo Jovio le arroja su mauceta violácea para que las albas vestiduras pontificales no sirvan de blanco á los arcabuces de los soldados. Parecía que se levantaban sobre la ciudad Genserico y Alarico, los godos y los vándalos. Aquí la pelea cuerpo á cuerpo: allá el incendio: en todas partes la matanza y el saqueo. Los unos, cortaban los dedos á los vencidos para arrancarles los anillos; los otros, violaban sobre el altar las vírgenes consagradas al Señor. Muchas doncellas se guarecían tras de sus padres y hermanos. La noche exarcebaba la sangrienta bacanal. Robábanse los cuadros y las alhajas; bebiase el vino en los sagrados cálices; se remataban los cascos con mitras; se pronunciaban sermones ridículos... Carnaval espantoso, cuyo ho-



Cuadro de FRANCISCO AMÉRIGO.

Fot. de J. Laurent y C.<sup>o</sup>

ror aumentaban la granizada de los mosquetes, el crujido de las ruinas, el chisporroteo del incendio ».

Tal es el asunto que el distinguido pintor don Francisco Américo, eligió para trasladar al lienzo, y que le valió, con los mayores elogios de la crítica, la primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes del año 1887.

El Papa se salvó, refugiándose en el Castillo de Santo Angelo, pero tuvo que rendirse después de no haber tenido más alimento que carne de caballo y de asno; y, por extraña coincidencia, el mismo Hernando de Alarcón que fué encargado de custodiar al rey Francisco I en Madrid, después de la batalla de Pavía, recibió también la misión de guardar al Pontífice por cuya prisión se cubrió de luto toda la cristiandad.

El Emperador, comprendiendo lo grave de su situación, apeló al socorrido sistema de desaprobar en público lo mismo que había ordenado en secreto. Vistióse de negro, desautorizó el acto del Condestable y por una hipocresía, dice el Conde de Fabraguer, de que no hay ejemplo en la historia, ordenó rogativas y procesiones en todos sus dominios, para obtener la libertad del Papa, que él podía ordenar pronunciando una sola palabra.

Otro célebre publicista, tratando de este asunto, escribe:

« La historia no ha podido aclarar todavía hasta qué punto el Emperador formó parte en la cautividad del Papa Clemente VII. En las cartas de Carlos V, publicadas recientemente, el Emperador trata de justificarse, pero no dice nada terminante. »

Apenas supo el Rey de Francia el saqueo de Roma y la prisión del Pontífice, hizo dirigir un poderoso ejército para liberrar al Papa, pero las tropas españolas salieron á su encuentro, derrotándole, obligándole á capitular delante de Nápoles, y volviendo á ocupar el disputado ducado de Milán. Entonces tuvo lugar la llamada Paz de Cambray, llegando á su mayor gloria y poderío el reinado del Emperador.

Puesto el Papa en libertad, según debía esperarse, ya que su prisión no era en realidad más que una arma política, se reconcilió con Carlos V, que fué á Italia, y en Polonia recibió la corona real de Italia y el cetro del imperio romano (1530). Más de cinco meses permaneció el Emperador bajo el mismo techo del Papa, arreglando todos los asuntos concernientes á Italia, indemnizando con suntuosos banquetes á aquel mismo Pontífice á quien encerró en el castillo de Santo Angelo y obligó á comer carne de caballo y de asno. Clemente reconoció que era punto menos que imposible luchar con el poder de aquel hombre de hierro, dueño de tantos estados, señor de tantas coronas, y jefe de tan valerosos capitanes y tan heroicos soldados. La prueba es que ya viejo, y retirado al Monasterio de Yuste, en Extremadura, vivió en él, no como un monje, según han pretendido algunos, si como lo que había sido, como lo que era, como lo que fué siempre, como un Monarca poderoso á quien visitaban los embajadores, al que pedía consejo su hijo Felipe II, y que en momentos dados pudo decidir de la suerte de Europa y de América, ya que en sus dominios jamás se ponía el sol.

Aquel hombre extraordinario había nacido en Gante, el 24 de Febrero del año 1500.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS